HOMENAJE POETICO

VELINTONIA TRES

Mientras viva la piel y aliente la memoria
vivirán los recuerdos de otros años que fueron
más felices, cuando en España, libre aun de las sombras,
la vida y la poesía libres y juntas iban
de la mano fraterna de unos cuantos amigos.
Escucho aún, desde el umbral, la risa abierta,
cálida y derramada de Federico,
la voz mate y pudorosa de Cernuda,
el son grave de Pablo recitando un poema.
Y veo la sonrisa infantil y tierna de Manolo,
la mirada azul de Vicente,
el gesto burlón de Dámaso y sus gafas de miope.
La risa alternaba con el hondo resonar de la guitarra
o con las notas puras del piano,
la broma licenciosa con el verso ardoroso,
y el presente vivaz con sueños de otros días,
los que hoy contemplan la gloria ya de todos.
El cedro, en el jardín de Velintonia,
parecía escuchar las voces y las risas
que hasta él llegaban a través de la ventana abierta,
e iluminar con sus ramas verdes y doradas
tanta palabra en libertad, tantas risas y sones.
Y al caer la tarde, uno tras otro
íbanse despidiendo del dueño de la casa,
quien al quedarse solo no sentía
soledad ni vacío sino alegría de vida,
pues su mirada seguía viendo aquellos rostros jóvenes,
en su oído aun sonaban las risas, las canciones,
en su corazón el gesto solidario de todos.

JOSE LUIS CANO

Hortaleza, 118, 6.º piso
MADRID

EL CAPITAN MERCANTE EN EL ASILO

A Vicente Aleixandre, en su homenaje y con estos versos suyos de *La destrucción o el amor:*

Allá donde el mar no golpea,
donde la tristeza sacude su melena de vidrio
donde el aliento suavemente espirado
no es una mariposa de metal, sino un aire.

Un libro con el agua por encima.
Todo lo que dejaste atrás y te dejó
es ahora como un libro olvidado en la playa.
Sin arrastrarlo ni moverlo lo tapó la marea
y puedes entreverlo temblar. Difuso, entero,
sigue en su sitio y se deshace si lo tocas.

Diego ha aprobado. A mi madre la encuentro esta vez más caída.

Quienes alguna vez dijeron conocerte, no
pasaron de enhebrar seis líneas de ese libro
que ni tú pudiste entender, nunca, nunca abarcarlo,
saber qué ibas poniendo en él y qué ponían los demás.

Tiene que andar Alberto en Tánger si no está ya con esa línea [italiana.

Tu perro el mar te sigue todavía.
Ahí mismo, al otro lado de la tapia, envejece contigo,
también se va despacio, asilo a la ciudad que abrazó limpio y libre,
y que ahora es menos bella. El padece, reúne
achaques, demudado como tú
por dentro y fuera, entorpecido como tú,
plegándose a este hoy
donde un extraño llegaste a sentirte
y no precisamente ahora y aquí: ya hasta embarcado, hasta
en tu calle, en tu casa. Extraño. El viejo. Un viejo.

No me diga que van a ser dos años más a Suramérica.

La salud y la fuerza renombradas que te trajeron hasta aquí,
a esta dársena quieta y penúltima, te pesan.
Porque no están y porque te trajeron,
te pesan. Más de lo consentible al capitán Valentín Flores,
si es que el nombre y el hombre aún existen.
Pues ya no sabes si serían verdad cualquier mañana de las que re-
[cuerdas,
los prostíbulos cálidos de Marsella y de Buenos Aires,
las noches de mal tiempo en la mar,
las largas cargas del café
de Colombia, el ganado y el algodón, aquel aceite de las Laquedivas.
Caras y nombres, hijos, amigos y mujer, ¿fueron ciertos?,
¿lo fueron los veleros finales, lo es
esta otra sombra que eres tú y los piensa?
Todo no es «sino un aire».

Coló la brasileña se parecía a esta mañana.
¿Cuántos, cuarenta acaso,
cincuenta? Era una niña pero allí
se muere antes. Mejor que no me vea ahora,
díle a Gonzalo que no iré.

Pero pides más días aquí al sol o mirando la lluvia en los cristales.
Más días y más noches
para volver al libro hundido, ver de abarcarlos, hacerte cargo de qué
[dice
si es que algo dice o se lo dijo a otros.

Y se te achican las luces de ayer
por popa, juntas en lo oscuro
igual que las de un puerto donde estuvieran todos
los puertos, la luminaria de los años en las calderas decaídas
mientras se adentra el barco por el negror casi tranquilo.

FERNANDO QUIÑONES

María Auxiliadora, 5
MADRID-20

EL ARBOL, LA SOMBRA Y VICENTE

Cuando plantaste la semilla
sólo pudiste arroparla
con un poco de agua confiada:
sabías que la confianza
es como un agua clara
que abona el crecimiento.
Y así, cada mañana,
tú regabas el árbol con paciencia
y lo sentías crecer y sospechabas
que muy pronto
empezarían a brotar las hojas
y cuando te movías
un rumor vegetal te acompañaba.
Una mañana
amaneciste verdecido:
fueron primero unas delgadas ramas
con pequeños botones como nidos.
La creación estaba en movimiento.
Como la tierra, que jamás se asombra,
confiaste en el ciclo de las estaciones.
Lo tuyo eran las hojas:
una copa tupida y generosa
que impartiera cobijo y sombra clara.
Lo tuyo era la sombra en la solana:
tu paraíso, una sombra cordial para las almas.
Por eso concebiste el árbol
y lo fuiste nutriendo con tu savia,
por eso,
para dar cobijo.
Y a ese remanso sin fronteras,
a esa sombra cordial del paraíso
nos hemos acogido muchos,
todos aquellos que han llamado a tu puerta.

FRANCISCA AGUIRRE

Alenza, 8, 5.º C
MADRID

POEMA EN HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE

Serán ceniza, mas tendrán sentido
Francisco de Quevedo

La piel del amor tiene suavidades de pétalo,
donde el alma reclina su rocío,
y las frías escamas del lento pez nocturno
que a la muerte acostumbra.
La piel del amor tiene transparencias
donde su roto aliento es un sollozo
apenas contenido,
soledad de lo vivo, horizontes remotos
ligados como cuerpos en soledad cantando.
Amor es testimonio de existencia:
existo, porque amo.

Luminosos

surgen amor y amante
fundidos y fundiéndonos en ese
resplandor contagioso que nos queda en las manos,
luces nunca extinguidas en la niebla
adentrada del ser,
fundación de palabra
soñada lejanía de la muerte.
Llega el amor a la oquedad del hueso,
estremece su pulpa, se cobija en lo oscuro,
el perdurable hueso hermanado a la tierra,
mineral preservado
que emergerá en milenios afirmando la vida
no sabida de quién, mas él se supo
sintiéndose vivir desde el ensueño
a la medula por amor ardida,
adiós que centellea de póstuma ternura.

ILDEFONSO MANUEL GIL

19 Sweetbriar Rd.
Strathmore Somerset, N.J.
08873, USA

GRACIAS, VICENTE

Vicente, amigo mío: Gracias.
Tú nos salvas
muchas horas de España,
madrugadas
con cal santificada,
las balas
imponiendo silencio, que no paz, con saña
el aire, fusiladas
estrellas, las campanas
a todo cobre y alocadas,
que no se oyesen las descargas
ladronas de las nanas
de tantas
criaturas con miedo y sin infancia,
lejana
la sombra de los padres, la paradisiaca
estancia
en los brazos que nos agracian.

Honor, Vicente, porque tú callabas,
acusadoramente la mirada,
mañana
brumoso e inseguro, la grama
de los prados festeros pálida,
cuando mucha sevicia repicaba
a gloria por la paga,
jismeros del demóvoro, lengua del alma
sacada
a esquinas, cárcavas
de las hediondas alabanzas.

Pasan
tu verso y tu persona tal montañas

de respeto a banderas entusiastas:
no fuiste cómplice en la trágica
adulación, Vicente, labios como espadas
que no perdieron filo, vigilancia,
el habla
testimonial espera marginada,
nobleza que no halaga
con voz de cieno, la que mana
del hondón de la rabia,
moral, no se degrada,
a codo con quien sufre, aguarda
porque cree, y aguanta,
trigal de luz el haza
milenaria,
trabajos y prisiones, sospechadas
gentes luminosas del alba:
el hombre en la batalla
de ser igual a sí que le fundara.

Nos vamos a morir, Vicente. Nada
nos justificará si la palabra
no se avala
con obras y conductas solidarias,
la belleza adehala
de las venas que sangran
por conocer y dar la talla
humana.

Tener con ser es la falacia
de los que no lo igualan,
anubarran
el pensamiento que se pone en ansias
hacia
desconocidas playas
que no traen los mapas,
donde tantos naufragan.

Yo cada
día sé menos, mas alcanza
mi barrunto que basta
concordar con el sueño que soñaran
las madres, con las palmas
limpias de sangre hermana,

atento a cuanto llama
en sacrosanta
soledad y nos marca
el camino a los otros con la gana
de ser en compañía y esperanza.
En momento y razón alguien nos saca
a relumbrar el llanto, nos delata
la mancha
en el paño.
No depende la gracia
de nosotros, el don que nos tocara
en hechura inicial del magma
por misterioso azar o por las causas
que desazonan y no vemos claras,
pero sí procurarlos. El que ama
acierta siempre si no alcanza
lo merecido, quienes pagan
con lo suyo, se dan. Acaba
ahí el compromiso que declara
inocencia o torpeza en la morada
interior, nos agrava
el careo de ser o nos descansa.

¿Cómo comparecer, ya la jornada
a la espalda,
puestos entre cuatro tablas
olorosas a pinos y serranas
brisas de los roquedos a las
preguntas que reclaman
respuestas que no aplazan
artimañas,
engañan
homilías mendaces, salvas
de cañón, destempladas
y funerarias
cajas,
las chapadas
ropas ceremoniales y las magnas
procesiones, inciensos y fanfarrias
que no desviarán el juicio que nos hagan
los hombres o los dioses cuando caiga
el telón que no se levanta,
el ascua

racional al agua
eterna que lo apaga
todo menos querer, que sobrenada
al tiempo?
Perdona mi tocata,
Vicente, la ganga
extrapoética, la falta
de mayores preseas literarias
en la hora del gozo que negaran
turiferarios hoy, con hopalanda
sumo sacerdotal ayer y serpentizan páginas
de bochornosa lástima,
las firmadas
con nombres y apellidos, la vesania
del anónimo impresentable, la chatarra
en su color final ruborizada
en arcas
abiertas de la infamia,
cuando las tapias
descarnadas.

Náusea
nos sube la memoria a la garganta,
amarga
el pan.
¿Cómo se canta,
de qué, cuando se empaña
la tinta de nostalgia
de lo que no llegó, si labra
tierras de muerte el verbo, si se halla
al costado la herida encizañada?

(Mojiganga
dramática
de bultos y fantasmas
carnavalea la mirada.)

Disculpa que no traiga
al júbilo metáforas
intactas,
más voladas
imágenes, Vicente, amigo mío, que agigantas
el decoro al poema y a la Patria,
ya mayusculizada.

Mensajero a tu casa
vengo. Me mandan
quienes ya logran más significancia
y son: tu plaza
y la mía, oleada
de canción y respeto, fausta
de inmensidad sagrada.
Llego ungido de pueblo, de mi casta
laboriosa, Vicente.
Toma y guarda
en su nombre y el mío buenas lágrimas
en alegría libertadas,
el verso que te abraza.

RAMON DE GARCIASOL

Cristóbal Bordíu, 29
MADRID-3

VIVIR SIN LOLA

A Vicente Aleixandre

I

NOCHE TRISTE EN EL CAMPO

Este rumor, escucha, este rumor
como una melodía de alimañas sube,
música de desgracia, hasta mi pecho
hoy más desamparado que en la vida estuvo
nunca. Hoy más que nunca lloro
esta desolación que es compañía
eterna para el hombre y hoy comprendo
cómo la noche triste sobre el campo es copia natural, ámbito propio
de los dolores vegetales, raros,
que atan la flor herida de la existencia: nudo,
ligazón de la muerte que al paisaje,
tan religioso en el azul de luna, sume en un murmullo sepulcral, sólo
[transido
por mis sollozos erizados. Pena que, entrecortadamente, asola y
[acuchilla

los nocturnos rumores de un mundo que se aleja de mi entorno.
He acostado a mis hijos
tras la cena de huevos y de ajos, leche
salpicada de migas, poco queso y un abrazo furtivo entre las sábanas
que ribetea el encaje de sus sueños. Abro
no mi sueño, el dolor, frente al postigo
que da a la noche inmensa. Y lloro, lloro, ahorrando el disimulo que
[a mis hijos,
tan sólo por piedad, quise otorgarles en esta noche triste sobre el
[campo.

Ay, que desolación. Lola se ha muerto.
No quisiera escribir ni un verso más. Sólo entregarme a este llanto
[que fluye, sangre y lágrima
de mi existencia destrozada. No más versos. Agua
que corre a su morir. Llanto y más llanto, en roto manantial
[desesperado,
cuando la noche abreva sus ruidos
en la materia ciega y vegetal. Manchas de sombra como una triste
[música de espliegos
bajo el celeste sortilegio oscuro
del vacío perdurable. Nada honda que agita los silencios de una ciénaga
en donde chapotean sólo mis lágrimas.
Lola se ha muerto. Se me ha muerto Lola.
Y salgo al campo y grito: ¡Lola, Lola! *Y sólo me responden los aullidos*
de un crispado silencio, más terrible
que el sollozar de mis entrañas, que el raído
dolor de los errores, que ese espanto en que sumimos nuestros días
[precarios.
¡Tiene que estar allí!, *me digo. Y corro, atravesando las junqueras,*
[cardos
que agosto seca en fuego contenido,
los helechos crujientes, el incendio de las copiosas sombras levantadas
[en torno a mi dolor
y subo al monte y llego
a la demencia de pelados riscos. ¡Lola, Lola! *Y lloro, desconsaladamen-*
[te. Lloro, lloro.

II

EL CANTO Y LA EXISTENCIA

Sé muy bien que el dolor nos hace más humanos.
Que somos como un ciego clavicémbalo
cuyas notas festivas
esconden sones graves que, en oscuro concurso,
completan la tocata de nuestras pordioseras primaveras.
Hoy, como nunca, escucho este son de la muerte:
sube desde mi pecho
uniéndose al concierto de la maleza negra que, ciega, me acompaña,
redoblando en mis pasos los extravíos del mundo.
Hoy siquiera vosotras, acompañadme, sombras.

Nunca cifré mi canto en espumosas flores,
ni me dejé llevar por el bullicio de los riachuelos, ceñido como estuve
[siempre
por la alianza de mi propia tumba
y por la sugerencia de mi mortal asiduidad.
Bien pronto he conocido que la sabiduría
sólo puede aprenderse
en el sencillo libro de la muerte.
Que el canto sólo es lúcido cuando nos hace hermano de las sombras.
Y que sólo, familiarmente, nos es dado
transitar entre las gusaneras
cuando el altivo corazón se encuentra libre de todo esto que, liviana-
[mente, hemos llamado vida.

Reprimo mis sollozos
ante esta luna de los negros campos,
porque ella convoca la poca lucidez de mi locura
y, aún con lágrimas, digo
que mi desgracia tiene que tornarse cántico.
¿Cómo, si no, vivir algún instante más?
Suicidios ya cometo
en el desprendimiento que da mi vida al canto
y en la proclamación de mis fervores
porque ahora ya tendré que amar los seres desde este lado frío de
[mi existencia.
Podría ya perderme en mi destino enmarañado
y cantar a la muerte con la manera más hermosa como es entregarse
[a su hojarasca pálida
y a la luna que cierne con cadavérica ternura.
Llamado por la muerte, asumo mi desesperación en versos tristes
cuando las voces de los muertos,
en el lívido ámbito que contornea la espesura,
me llevan al secreto de la palabra grave y lapidaria,
al canto sepulcral y visionario,
al consuelo lunático que entrega este dolor a los humanos.
En un canto de amor roto y perdido
dije una vez qué pobres somos
y qué pobres habremos de morir. *Yo no quisiera*
trocar en oda didáctica estos versos
cuando, sencillamente, sólo pueden ser una elegía rabiosa
donde llamo a mi Lola por su nombre de helechos fantasmales y de
[sombras.

Cuando la estoy buscando más allá de las sinceridades de las artes.
De toda preceptiva literaria.
Del negocio poético propicio a las lamentaciones mortuorias.
Maldigo ahora toda esta basura de escribir
si no ha de escribirse con el corazón deshecho por las lágrimas
y por las puñaladas de un dolor sin adornos.
Te pido, hermano, tregua
para mi boca lacerada. Deja
que ordene ya mi triste compostura para no darte sólo mi dolor. No [viniste
al entierro de Lola, ni estuviste en su velorio blanco. Sin embargo
tú que tan bien conoces
aquella maestría de ultratumba
que, al lado de la muerte, nos declara
la exquisitez del sentimiento hondo,
cuya música es el límite del ser;
tú que también buscaste
esa blanca verdad que da a la vida el reconocimiento de la muerte, [estabas
tan cerca ya de mí que no es extraño
mezcle, por confianza natural, tu voz tan viva con las conversaciones [de los muertos.

III

COMO LOS CIELOS QUE AVECINAN FLORES

Lola, Lola, mi Lola, si es verdad
que puedes escucharme como escuchan
la voz de los poetas esas sombras donde se pierde y queda todo canto, [oye
no el aullido que brota
desde la entraña de mi ser, sino la música de una consolación que, [mansa y leve,
como los cielos que avecinan flores, tras la desolación de la tormenta,
se cierne ahora sobre mi vida destrozada. Llanto
que riega dulcemente tu memoria como al rosal de un muerto que no [crece
pero que puedo aún cuidar. Esto me queda
y la melancolía de haberte dado no mi vida mejor, la más soturna:

nieblas sólo para la acompañante
del gallo de las sombras, del cantor de aquella lucidez ultramundana
con que el destino me ciñó a la muerte.
Tú conocías bien este trabajo
doloroso y nocturno. Mi palabra vino desde las sombras. Siempre,
[siempre
esquivé toda gloria y toda luz
porque sabía que el cantor es eco de todos los pensamientos reunidos
bajo la fosa del dolor. Fermento y grito
cuyo perfume expande a los humanos una filosofía y un consuelo
acerca de las tristes corrupciones que, en la tumba, nos unen y nos
[ligan
en esa zarabanda compartida de la desolación sin esperanza.
Mi voz ahora es tuya, porque llega
de esa noche absoluta de los nichos. Barca que nos naufraga en un
[error de cuna,
que es hoja en el otoño de los vivos, viento que nos derrota en su
[caído espanto.

¡Desde la poesía te tengo! Como tengo
a mi padre, a mi hermanita Elisa, a todos
mis queridos difuntos. Ya estás, Lola, junto a todos los muertos que
[he llorado,
en la maleza de la noche, oscura verdad de mi existencia y coro que,
[infatigable y torpemente, imito.
Acostumbrado ya a este espanto hondo,
puede mi pensamiento convocar el sortilegio de vuestras reuniones,
denso y hondo perfume
que aclara mis sentidos y los abre a vuestra voz unánime, concierto
de la sabiduría y de la música
que sólo al emplazado por la muerte revela su cerrada realidad, ámbito
[sórdido
y, sin embargo, necesario y cierto
para quien, lira entre las sombras, ama
a todos los humanos y los llora tan prematuramente que una madre,
[sólo, en el dolor del parto, iguala
tanta muerte al crear, uniendo al fruto
honda desolación. Tú naces, Lola, de la quimera de estas pobres
[lágrimas
y, como un loco que desdobla el mundo
en pañales de luz y en campanadas,

imaginando fiestas donde hay solamente un fulgor de fuegos fatuos,
río, lloro, te canto, te bautizo con agua de mis ojos descreídos,
invento mi religión desde tu nada. Y bebo,
hasta caerme ebrio, el vino de mis lágrimas.

Y, sin embargo, sé que tú me llamas
hacia esa maleza que los hombres temen atravesar. No es valentía,
[sino es amor ahora el que me empuja
hacia la claridad que, en luna, tejes
alrededor de mis sentidos. Dulce, fosfórica presencia de tus manos
[que, suavemente, me acaricia y lleva
a la última verdad. Tú acompañaste
mi deambular sombrío. Ahora iluminas
todas mis soledades y destierros
con esa ciencia que trasmina y vierte
tu yacija de rosas desprendidas. Libre, como esa primavera inalcanzable
[que vuela en la mudez de la hermosura
desatada y gloriosa, me encaminas
pura y pálidamente hacia la luna de tu luz cereal, fuera del límite del
[dolor y el pavor. Ahora me enseñas
el canto más humilde y el más sabio.

IV

AMARGAS Y TERRIBLES SOMBRAS

Mas escuchad, vosotras, amargas y terribles sombras.
No estoy solo. Temed, como yo temo
el poder de los muertos. Mi escritura
será una maldición si no entendéis cuanto de angelical y de sincero
grabe ya en vuestras lápidas. Sabed
que nunca más mi canto será vano
y la iluminación de mi dolor
cegará vuestra orgía tenebrosa si abandonáis, por un solo instante,
a este muerto que imita vuestra fiesta,
que os sigue a todas horas. Que se suma, llorando y meditando, a
[vuestro coro.
Igual os digo, humanos. Celebrad
lúbricamente, si queréis, negocios; reiros con la espuma de la vida
y con la necedad de vuestros pobres éxitos.

Mas no manchéis la blancura
de esta pequeña lápida. Mi verso, escrito en inocente mármol,
va dirigido sólo a los lunáticos,
a los enamorados y los moribundos.
Hay quien teme salir hacia la noche, buscándose a sí mismo. Morir [quiero
en ejercicio de vuestra verdad y de la mía propia. Solo, como un ciego,
me expongo a los conjuros del vacío
para buscar lo que es sentencia y música:
sombra, poesía y luto de nuestras desamparadas existencias.

Lola, si mi dolor contemplas
tal vez. Si no es mentira que las sombras
son alas de otra vida que liberan
el torpe vuelo, cuando con pavor
esa mala conciencia de los hombres se agita entre las sábanas del [miedo;
tú, a quien yo convoco con amor,
blandiendo los misterios de los campos y el rebosante ardor del [plenilunio,
dime que estás conmigo, que acompañas
esta canción que canto ante los astros,
desmelenando los aullidos tétricos del solitario en su inclemencia, [boca
de la desolación que al alto espacio clama,
llevado por la luz de su extravío,
cuando los vivos y los muertos mezclan su enredada existencia en un [murmullo
de confusión, de sueños y gusanos.

V

LA LOZANIA SECRETA DE LOS SERES

Escucha, tú, mi hermano, este rumor,
carcoma de los vivos y los muertos,
y contempla este límite en que tiembla el vaivén de mi infancia [agusanada
en el desvalimiento y en la tumba abierta
de los recuerdos desgraciados. Cuna

que mi amorosa Lola mece
entre dos mundos ciegos. Cántico, nana mortal o melodía sin ámbito
que el alto precio paga generoso
de su muerte y mi vida. Como el canto,
toda filosofía participa de aquella condición alucinada que es vivir
[y morir, conjuntamente,
sobre la pobre dimensión del tiempo.
Nunca ha podido el hombre
vivir desde la muerte, ni siquiera
adentrarse en la doblez del ámbito
porque uno excluye al otro en la conducta de los ilusos pasos terre-
[nales.
Mas el dolor me lleva, hoy, agónico,
hasta esa tapia de los cementerios;
hasta esa pesadilla de los límites donde los muertos mezclan su
[enramada
con la espesura de la vida. Bosque rebosado en graznidos y gorjeos
bajo el fuego de luna que borbota esta celebridad de la tristeza crecida
[en la blancura de los nichos.

Endulza hoy mi voz, Lola Romero.
Si he de cantar con música sombría,
llorando sobre el curso de los ríos la escasez de la dicha y la presura
de aquella amada imagen de lo vivo;
si he cantar, al fin, tan honda pérdida,
amortajado por la luna tétrica y los harapos de mis sentimientos,
intentaré que mi palabra sea
lúcida y no amarga. Aún conservo
un sacro amor por cada criatura cuya existencia esplende bajo el día
como una flor efímera y hermosa.
Incluso ahora pienso
que la nocturnidad de mis visiones
me harán hallar la lozanía secreta con que cada criatura participa
en la gloria del mundo. Y amaré
la creación confusa y rumorosa, cripta de amores y dolores, de
[exterminios
y reventadas primaveras blancas. Sauce
de vida y muerte juntas cuya imagen, desdoblada en las aguas de las
[horas
por nuestra torpe necedad, crece en la unívoca
fermentación de sombras, luces y hojas verdes, al aire de la férvida
[existencia.

Vuelvo ahora a la casa que, en la noche abierta y espumosa de los
[campos,
guarda el sueño a mis hijos. La cocina
me ofrece, nuevamente, su piedad de familiares sombras. Me dispongo
a escribir, a cantar esos rincones donde la oscuridad abre las flores
de su humilde secreto. Y ya me entrego
a vivir. Seco mis ojos, limpio,
ordeno mi existencia. Ya no lloro
porque debo de irme acostumbrando a esta muerte de vivir sin Lola.

RAFAEL SOTO VERGES

Illescas, 107
MADRID-24

VICENTE ALEIXANDRE

J'ai appris le ciel dans tes yeux
sur le hamac de ton visage
Des ailes de soie en silence
frôlent des voiles qui protestent
Un peuple ancien sur ton rivage
pétrit l'argile et rêve et chante
moissonne pêche hale des fruits
hôte lointain d'un paradis
perdu blotti dans ton regard

(Le temps d'une ombre ou d'une image, 1973)

A VICENTE ALEIXANDRE

Aprendí el cielo en tus ojos
en la hamaca de tu rostro
Alas de seda en silencio
rozan velas que protestan
Un pueblo antiguo sobre tu orilla
amasa arcilla sueña y canta
cosecha pesca coge frutas
huésped lejano de un paraíso
perdido ensimismado en tu mirada

(El tiempo de una sombra o de una imagen, 1973.)

(Traducido por Luis Mizón.)

CLAUDE COUFFON

1 Ter, rue B de Perreuse
94130 Nogent-sur-Marne
FRANCIA

EMPUJADO POR SU VOZ

A Vicente Aleixandre

Desde lejos siente el poeta la emanación de los enigmas.
Quiere que su sangre salpique cuando su corazón
habla en el desierto; mina de aire de espejismos
y grito del sueño en la corteza de angosturas.

Cerca de la mano para saber decir un misterio.
Con tiras de la piel en rueda dentada, la hora
abierta sobre el corazón que vive en mundo que saca
el licor de la luz, para la comunicación entre los cuerpos.

Horóscopo, cuerda de agua, tímpano y cordón.
Voz con la voz que escucha el diapasón del sonido,
azogue en el tiempo de la palabra que llega a la luz,
pájaro con las alas abiertas cuando sale el sol.

En los labios, cuchillo que corta las arterias.
Entre palabras que tienen el color de la sangre,
al margen de la voz polvo blanco de plata que rasga,
la garganta y el anillo que se guarda en la boca.

Nombre escrito con raya pintada de espejos blancos.
Sueño que vive una primera luna creciente en el mar,
al oír el ruido suave del cristal que se rompe,
con el canto de la huida para que sufren los corazones.

Ojalá no se marchite la flor que contemplas.
Lengua de bisel para anudar la evocación de un imán,
pabilo con el secreto capaz de retener un trueno,
y pausa de la voz para vencer la soledad de los labios.

Los mismos días, lazos para cuidar nuestros sueños.
Venas que se dibujan en las heridas del corazón
crujidos de arpas, cielos sostenido por los brazos
y raíz de coral para la vida de la voz profética.

CARLOS RODRIGUEZ-SPITERI

Paseo de la Castellana, 28
MADRID

A VICENTE ALEIXANDRE, PORTADOR DE LA LLAMA

Su minúsculo brazo llama y sierpe,
su mano el talismán, su voz no se contiene
porque abrasa los campos, y aún abrasa
los débiles dominios de nuestra compostura.
El es el estandarte como también el cielo
que nosotros mirábamos insomnes.
En su voz descubrimos los astros poderosos,
las estrellas fulgentes, el milenario estrépito
de los brillos del mundo.
Por él hoy somos salvos, su palabra nos vence
o nos deja una herida
dulce como esta orilla
donde los mares quiebran.

JOSE LUPIAÑEZ

Avda. Cervantes, 18, 7.º, 3.º M
GRANADA

HIMNO A EROS

A Vicente Aleixandre, larga vida
antes y después de cruzar las aguas.

Las nubes se han ido y la brisa te envuelve
acariciando tus formas, las aguas del lago
se aquietan y en el fondo de tu ser miras
apenas saciado: aromas y gustos, sensaciones
táctiles e imágenes, todos cuantos te sirven,
amo genérico de la vida, contenido del gozo
soberano sin otro límite que el de tu hartura
improbable, semilla de experiencia en el concepto
tributario del don de la hermosura, vasallo
de la pulsión de lo idéntico como referencia
que es posesión tuya en movimiento o reposo.

Aves que se dirigen a sus nidos ahora
al inicio de los cantos primeros de la mañana,
palabras alzando vuelo hacia una dicha inefable:
el matiz que persiste tras la espuma y olas
quebrantadas, tuyas son las sendas acuosas
y las ígneas, aunque tampoco olvidamos
que si cabe eriges al saber un fundamento.
Todas las puertas menos la que hay entre tú
y yo, tú y nosotros, pueden cerrarse, así
nos has garantizado siempre la porción nutricia.

Es inútil, no obstante, si buscáis la ganancia,
si no pretendéis más que el engrosamiento
en vez de la apertura de horizontes infinita:
inmortales primum deos, ut lege dispositi sunt.
Y en todo caso sólo a ti debemos retribución
obligada, pues tú nos previenes para afrontar
el encuentro: contempla nuestro regocijo en ti,

que libres al fin estamos de vergüenza. Así
es, los sesgos de nuestra acción reconfortan
la potencia apasionada de tu creador aliento,
porque disponen en ti de la impronta de lo genuino,
y no os digo que no sea su esencia causa de mal,
sino que en él no importan causas ni medios ni fines,
ya que no hay deseo donde pueda caber lo falso.

Desde ti, contigo, de ti: ley, conocimiento, senda.
Los pájaros se han ido y la gente es poca:
pero uno se levanta al resplandor inicial
a bañarse en el arroyo de luna cuando la noche
se ausenta, en el curso misterioso de pétalos
que avanzan hacia tierra y cielos inmortales.
Experiencia del paraíso, experiencia del infierno,
aspiración a la unidad a través de la discordia.

De tus emociones. No es menos fuerte en ti el amor
a quien combato: temor y pasión consustanciales
a los tanteos iniciáticos. Y el reposo que tiene
su asiento en la armonía, en la noche fugaz
y absoluta de tu arrobamiento. Recordad bien
lo que dijo Hermes, el dios fálico, a Febe,
al sorprender a la diosa del amor yaciendo
con el dios de la guerra: por mi cabeza, dijo,
que hubiese yacido con la que nació de la espuma
también, aun intuyendo la trampa del esposo
celado y la probable condena, hipócrita e injusta,
bajo la mirada de dioses entre estupor y envidia.

Hablaba de ella, de cualquier nombre que te pertenece,
Venus o zorra, una dama graciosa de la decadencia
que tal vez no permitirá siquiera una visión
insistente, o un ejemplar de gacela, una rana
que oronda pavonea sus viscosidades en el charco,
una Hembra frondosa de cáñamo índico saturada
de resina sublime. Hablaba de una mujer feroz,
o de una criatura tierna de cualquier género,
un potro, una cigüeña, un salvaje, hombre de ciudad
y bosque, Gilgamesh y Enkidu antes de disputarse
la fortaleza suprema de la Hetaira frente al templo.

Se desliza la noche, no es difícil captar suspiros
de mi gloria, el viento en las porosas cortinas
de lluvia tenue. Un gramo de mi llama, un gramo
de ceniza: he aquí lo que has de amar para ponerte
en la senda divina, donde es tu deseo mi fortuna
y un adorno prescindible mi mera permanencia.
Apasionadas engarzan en ti las estaciones
estrellas de la última hora, y aire para el hilo
instantáneo que por medio de los corazones recorre
de un extremo a otro el asta de la magia blanca
en que consiste esa renuncia, abandonar el otro
que yo soy para contigo, ceder a la ilusión
el velo con el que la identidad me despoja
de la riqueza o desnudez elemental de quien
va a entregarse a la fiesta de tu pasión certera.

Vigilia y sed hasta que piedra y oro y barro
sean iguales a nuestra vista. Y más allá,
porque también hay cautiverio en las sendas
e impureza en los estados, más allá de cualidades,
de cambio y decadencia o pugna entre uno y otro,
oculto para la percepción de las inteligencias,
libre de la influencia de los pensamientos,
el que no tiene ni carece caza por igual entre
ignorantes y sabios: pies que no se arredran
a caminos arduos, lágrimas endulzando la primavera.

LEOPOLDO LOVELACE

Department of Political Science
University of California at Sta. Barbara
California 93106
USA

UN MILAGRO DE BUDA

A Vicente Aleixandre, maestro de la otra sabiduría.

La ignorancia es dolor, como el deseo.
Para que el sufrimiento disminuya
y la muerte y el miedo retrocedan,
ha llegado Siddharta. En cinco noches
resume su doctrina. Sus discípulos
—cinco también— lo escuchan, y se asombran.
«Son ocho los senderos del camino:
fe pura, lengua justa, acciones claras,
memoria recta, voluntad sin pliegues,
constante aplicación, gentil mesura
y un pensamiento limpio y transparente.
La ley es el refugio. Los hermanos
son el refugio. Buda es el refugio.
Más allá está la luz, que nos espera.»

Luego de Benarés, en el banquete
que ofrece Bimbisara, alguien pregunta
si el Gran Maestro puede hacer milagros.
Un converso reciente, Assaji, dice:
«De todo lo que existe y tiene origen,
Él conoce la causa; y de las cosas
que tienen causa, Él sabe su final
y adónde se encaminan. Los prodigios
ocultan el dolor, no lo suprimen.
El Dharma es el milagro. Sólo el Dharma.»

La fiesta se termina, y Buda parte
al reino de su padre. El viaje es lento,
como todos los viajes que conducen
de regreso a la patria. Cuando llega
por fin a su destino, Suddhodana
no sale a recibirle. Un mal presagio.

Mientras pasan las horas, y la lluvia
cae, torrencial, sobre Kapilavastu,
Siddharta profetiza el fin violento
de los sakyas, y entorna sus tres ojos.
¿Duerme o medita el sabio? El tiempo fluye.
Cesa la lluvia, el cielo se ilumina,
y el monarca y su séquito aparecen.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Don Ramón de la Cruz, 28
MADRID-1

ROSA DEL MUNDO

¡Libertad, libertad! Rosa del mundo.
V. A.: *Retratos con nombre.*

Mariposa sin alas en la noche,
pequeña herida que salpica muertes,
eco del eco nunca repetido,
libertad, libertad, palabra leve.

Madre del mundo peregrina y triste,
desterrada dulcísima y desnuda
con su alijo de miedo entre los brazos
y los ojos clavados en la Luna.

Perdida por los bosques al poniente,
sigue una huella torpe su camino,
labios de roca le proclaman odio,
libertad, libertad, enigma frío.

Los ciegos ponen trampas a su orilla,
tan alta va que ya no ve la tierra
ni atiende las llamadas o esplendores
del amor que en secreto se revela.

Rito cerrado para la observancia,
perla podrida en tantas soledades,
luciérnaga apagada contra un muro,
libertad, libertad, sombra del aire.

Pues el amor no es libre nadie alumbra
su casa con los vasos de la gracia,
se tuercen el cristal y los favores
y la vida también se estrena esclava.

Laberinto lanzado contra el tiempo,
mármol inmóvil convertido en humo,
paloma perseguida por las piedras,
libertad, libertad, naufragio impuro.

Materiales de amor se ponen serios
sobre ropajes de tragedias tercas,
amor que no se elige no respira,
no adelanta su puño, no se adentra.

Taciturna se mira en los carbones,
crepúsculo completo por su espanto,
máscara enmascarada de ella misma,
libertad, libertad, valor prestado.

Se derrumba, se incendia, se evapora,
destino para el llanto y los fusiles
porque en medio de cercos a su avance
libertad es amor y amor no es libre.

Mendiga por las calles más ocultas
marcha la imagen que perdió su aroma
cortejando a la nada, vuelta nada,
rosa del mundo carcomida y sola.

ARTURO DEL VILLAR

Francisco Silvela, 57
MADRID-6

HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE

SOMBRA DEL PARAISO

Galopando
En una nube de fuego,
Entre relámpagos,
Sobre un corcel persa
Abandonamos el mundo,
Sobre la arena
De una playa.
Nube resplandeciente,
Cegadora,
Mar inmensa,
Abrazo oceánico,
Tú y yo fundidos
En las profundidades
Del beso.

★

Abrazo el mar
Como te abrazaría
A ti.
Con un inmenso
Abrazo.
Nado,
Como nadaría
Hasta tu orilla
Infinita.
Me sumerjo
En la profunda
Corriente azul,

Como si naufragase
En el azul marino
De tus ojos.
Me abismo
En las ondas
De tu cuerpo,
Y me dejo arrastrar
Hasta lo más hondo.

CARMEN BRAVO-VILLASANTE

Arrieta, 14
MADRID-13

A UNA MUCHACHA DE LA «CIUDAD DEL PARAISO» EN EL CIELO DE VICENTE ALEIXANDRE

Tu sonrisa es una invitación al mar:
cuando estrenas calladamente el alba sobre las olas
haces correr allí descalza, una infinidad
de los rayos del paraíso.
En tu sonrisa, las espumas consiguen
la solidez de un mármol
un instante abraza toda una eternidad.
Tu sonrisa tiene las manos infinitamente largas
capaces de dormir a las más duras fieras de piedra
convirtiéndolas paulatinamente en las arenas.
En tu sonrisa el mundo se hace agua
ámbito nadable, dominio lúcido de los peces.

Tu sonrisa es una puerta en éxtasis
puerta del instante a la eternidad
de la eternidad al instante.
Tu sonrisa es una persiana de luz
eternidad plegable
como el mar con sus olas y los azahares.

YONG-TAE MIN

Spanish Dept., Hankuk University
of Foreign Studies
Rimung-Dong, Dongdaemun-Gu, Seúl (COREA DEL SUR)

SOL ENVUELTO EN LARGO OLVIDO
(Vicente Aleixandre)

No es el viento quien enreda sus enormes cabellos que no son,
ni los años los que suenan tercamente en las arrugas.
Alegría es quien se mueve
mudamente entre los huesos y la carne,
ampliamente en sus rodillas
donde acaba alguna vez el pie cansado.

Su cerúlea pupila interminable
persigue la compaña de la piedra y el amor y los poetas
que se empinan traviesos sobre el mundo
siguiendo el complemento del amigo envejecido,
día a día floreciendo en su palabra,
renaciendo en las pestañas coruscantes,
anidando en el vestíbulo fisgón de los oídos...

Preciso en los entonces y los luegos,
descubre el ademán del niño chico,
la entrada del triste o céreo escarabajo,
del viejo río penetrante,
y allí los deja
urgando entre las rosas o silencios.

En medio de campanas, con palomas en la frente, vive
con ramos de sándalo y bosques hermanados
y el mar o cielo con peces o alas le corteja,
y es él quien dice, ven,
y viene la alborada.

Las aves ardorosas
acuden al mármol de su córnea y vuelan,
y en su casi ceguera que no es
dibujan los bordes aireados del poema,

que amado por el hombre y el reptil y los insectos,
llega al umbral de la luz que nos inventa,
penetra generoso
los abismos musicales de la sangre,
y se lanza incontenible
a salir del laberinto de la edad
con el rútilo gesto de la vida en el aliento y las zancadas...

REI BERROA

Calanda, 21, 1.º B
MADRID-8

ARTE AMATORIA

Hermoso es el reino del amor
V. Aleixandre

Lacios los amantes quedan:
Urdieron en la piel,
Vicente,
la estrategia del gozo, esa usurpada teoría de los dedos
que abren una llaga finísima de anémona rosada.
Férvidos fueron
y
trocaron los tules en simples hilos de apetencia.
Chorreantes de polen sacudieron,
Vicente,
la herrumbre acumulada de lo que está en desuso.
Salpicaron la palabra, el torso, el labio, incluso
la memoria de la desnuda esencia del abrazo.
Y germinó el salitre como una flor caliente de cristal.
Alzáronse en vilo los amantes,
pavorosamente ardidos en sus linternas más íntimas.
Dijeron: «Bástenos sabernos jóvenes ahora».
Olvidaron la patria donde, niños aún,
Vicente,
deletrearon parras y mazorcas, naranjas y adelfales,
olivos y palmeras
encontraron cobijo en los recodos del cuerpo
que sin queja se ofrece.
Lívidos los amantes. Con esa luz morada que traspasa
a los ambiguos ángeles de las altas vidrieras catedrales.
Altísimos jacintos derrocados al pie del alabastro.
Lívidos los amantes. Con gesto vegetal de lises desmayadas,
tan sólo unos instantes,
con diminutas joyas licuadas en la nuca.
Lánguidos amantes yacentes, amagando la curva, el tacto,

la torrencial saliva atosigada.
Espesísimos vinos bebieron los amantes,
Vicente,
mordeduras de calambres en racimos,
tuvieron entre los dientes agridulces jarabes de grosella,
moscateles dulcísimos
y
aparentemente se durmieron.
Mas tu sabes,
Vicente,
que no mueren los amantes:
Descansan.
Y entre letargo y sueño, entre sopor y esguince
se renueva, milésima a milésima, la estirpe del deseo.
Es la tregua del amor. El tiempo en que es preciso
arreglarse el cabello o la esperanza, el tedio o la ironía,
para colocarse de nuevo en la postura idónea
y descubrir desnudos, semidesnudos o así, que ellos son como ramas
[espontáneas.
Lacios los amantes quedan, mas no desertan del fragor del goce,
si acaso, dictaminan la paz de las caricias, para intentar a golpe
de inocencia otros modos de amar, siempre indefensos.
A veces cambian. Mudan sus afeites, sus máscaras, sus gestos.
Se cubren, se descubren, rasgan, rajan, lloran, besan o lloran
besando la herida del beso anterior
y muerden la sombra de la huella de una antigua mirada.
Pero siempre regresan los amantes a su oficio primordial,
aunque sobre sus hombros, como sobre los tuyos,
Vicente,
pesen las esferas de los relojes huérfanos y ateridos.

MANUEL JURADO LOPEZ

La Rosaleda. Torre Sirena, 6.º C
SEVILLA-6

LA ROSA OFRECIDA

Con la rosa en la mano adelanto mi vida...
Vicente Aleixandre

MAR ALEIXANDRINO

Mar o rosa
que de ola en ola se adelanta,
de pétalo en pétalo hasta la orilla
donde el instantáneo vivir se desangra.

Mar o noche
donde la espuma levanta sus astas
de anhelo en anhelo hasta la ribera
donde el humano ardor gira y se derrama.

Mar columpio de niñez
o cabellera de resacas
sueño adentro y sin arribo
donde boga el amor su barca
de ola en ola hasta la arena

donde el palpitar del hombre acaba
rosa o borde del vivir
donde consuma el corazón su hazaña.

HERNAN GALILEA

624 Cresson Lane
MORTON, Pa. 19070
(USA)

EN VELINTONIA

Vicente Aleixandre sabe
el ámbito de la vida
viento de niñez perdida
que en la memoria le cabe

Pasión en la tierra mares
que arrastran la rama herida
serpiente de amanecida
que tira al mar sus collares

Su palabra como espada
que llueve cuando más llueve
el sol su cabeza mueve
la luz de noche clavada

Vicente Aleixandre sabe
que amor se escribe con eme
del fuego cuando le queme
las cenizas de su nave

En la mano no le cabe
el ritmo del corazón
la soledad del ratón
no atraviesa con su llave

La destrucción de la sombra
cabecera de su cama
no es la pena quien lo llama
es la risa que lo nombra

Vicente Aleixandre teme
con labios de enamorado
que su barquero cansado
decida remar y reme

Decide remar la muerte
su cuerpo de ave navega
la madrugada que llega
y está por cambiar la suerte

Y el toro está por la arena
con sus cuernos de sonido
el pájaro le ha perdido
su rama de yerbabuena

Vicente Aleixandre calla
las pasiones del soneto
y en el último terceto
su garganta siempre estalla

JESUS FERNANDEZ PALACIOS

Virgen de las Angustias, 2
CADIZ

NEGRURA DEL AGORA, PINOS DE EPIDAURO

Para Vicente, estos versos con luz y sombra,
como la propia Vida.

I

Aquí toda la luz llega de arriba,
aquí toda verdad viene del cielo.
Laberinto de símbolos los muros
y este fuego que brota de la tierra
es la fiebre extrema del que expira.
Que nunca más os turben los placeres,
el veneno, las rosas del pecado,
las profundas cigarras que estremecen
las estrellas clavadas en la piedra.
Ved cómo arden en la hoguera negra
del tiempo, Apolo, Sócrates y Pablo,
dioses reyes, poetas, sacerdotes.
Pero, ¿cómo negar mientras hay vida
el carácter divino de esta música
que, con la última luz, va descendiendo
en la espesa ceniza de los rostros?

II

Aquí es la tierra quien desprende toda
la luz y pone fuego en el espacio.
Sacros bosques para el conocimiento.
Saludables, las almas se confunden
con el aroma intenso de los pinos.
Duros brillan los cuerpos entre olivos
como la plata de la empuñadura
de una espada y el agua cae oscura,

pesada, en el hueco de la mano.
Fundido el oro, el labio de los mármoles,
en la fuente hay un vuelo de palomas,
provoca su rumor un dulce olvido,
la razón se extravía en su espejo.
Presintiendo la música nocturna,
el corazón, mortal, repite siempre:
¿En este valle vivieron los dioses
o son los hombres dioses en el valle?

ANTONIO COLINAS

Apartado 646
IBIZA (Baleares)

TRAS UN SIMBOLO DE LA SOMBRA

Soy tu memoria muerta por los trópicos,
donde peces de acero sólido te imitan.
Escucha, escucha, Soy la luz perdida
que lapidan las aguas en el fondo.

Vicente Aleixandre

I

Quisiera volverme y revolverme,
a distancia de tiempo,
en aquella luz
que hoy engendra rayos, fuego y sombra evocadora
a suerte de bocanadas.

Inesperadamente
en dimensión a ti.
Inesperadamente
con el color de tu mundo en los labios.
Inesperadamente
desnudo, firme, inerme.
Acaso quisimos todo: El mundo,
esa contienda de las formas hasta llegar
hasta aún más que la distancia,
hasta aún más que los cuerpos mismos,
hasta más aún que lo imperfecto.
Inesperadamente
un grito a crimen con el tiempo.

II

Emerges en señal de la memoria
pleno ya en el verbo,
en un instante insatisfecho del deseo.
Esos cristales ajustadamente hirientes.

¿Acaso no se funde la tierra
con la muerte al ser labio
o espada del mundo,
esa noche triunfal y contenida
como retorno y ser beso del pasado?

Al apoyarse el cuerpo luminoso,
ahora profundo con sentirse agua,
resurrección desnuda de la carne.
Aún es móvil el espejo. Luz,
vaticinio al paraíso.

Mas con ser luz o agua lapidada,
ámbito de la piel y las palabras,
te define el aire, la memoria
tras un símbolo de la sombra.

MIGUEL J. GALANES

Avda. de Monforte de Lemos, 169, 4.º
MADRID-29

LA PUREZA ORIGINARIA

A Vicente Aleixandre

Llegué hasta el cruce que abriga la extensa avenida
de las acacias. Tímidamente las vidrieras
acariciaron el aire frío de una extraña
flauta, y las galerías aprendieron el baile
inútil de los pájaros.
Mis pasos ahogaron
los latidos en las tímidas flores,
y un banco transparente e inmóvil
me recordó el silencioso olor de tus ojos:
Tus versos, el mar, la noche, brotaron
recubriendo los colores de las voces curvas
que iluminaban mis labios, ávidos
de ofrecerte mi flamante ADAGIO.
Ya en Velintonia, ante tu altísimo palacio,
descubrí un círculo de miedos, y una mágica
sombra alzó levemente la piedra
milenaria y perfecta de tus dedos,
y todos tus sentidos concedieron al agua,
que vibra tímidamente en torno a la pureza
originaria, una dulce distancia
que me acercaba a los senderos
intuidos por tu brillante y apacible
mirada, hasta inundar todas las estancias
de mi invisible cuerpo.

ANTONIO RODRIGUEZ JIMENEZ

La Previsión, 21
CORDOBA

SUPLICA

Ahora si atraviesas todos los tiempos de la desgana
y algo te habla amablemente,
si vas arrastrando tu cuerpo por hielos y desiertos
y algo te quiere sonreír,
cómo llenar las horas,
cómo defenderse del peso del tiempo
y encontrar un poco de sabor en la vida.
Si a través de toda la sosez y desazón
y el peso cotidiano de los días
que se van transportando como mondas,
cómo sacarle algo al suelo
que se pisa sin ilusión,
cómo defenderse del cielo fatigoso
que está ahí con su presencia de funcionario.
Ahora sólo se busca un poco de fuerza
para continuar la vida,
un poco de sabor en el movimiento
de avanzar los zapatos.
Sólo se quiere un poco,
alguna ayuda para sobrellevar el rostro,
este rostro pesado y cansado de todos los días,
y ni siquiera un poco de amabilidad
pero algo respirable en los ojos que se encuentran
y muros que no se resistan con fiereza,
algo de satisfacción en lo que las manos
pueden coger al cerrarse,
y que el Sol no se oponga totalmente.
Que la vida no sea demasiado ácida,
demasiado engorrosa de llevar, demasiado maciza
y uno pueda apoyarse en las cosas.

OFRENDA

Hacía frío y yo pensaba en Navidad,
dejaba que cayese la lluvia en las ventanas,
me regocijaba con mi pequeño tiempo.
Era niño y la vida transcurría
y era hermoso ver llover en los prados.
Tenía mi pequeño tiempo de la infancia
para pensar y para mirar las arboledas,
para sentir que estaba en Navidad.
Era agradable que pasase el tiempo
y ver el cielo oscuro y los recuerdos,
y, recogido todo en los instantes,
mi yo guardado como en un estuche.
Hacía frío y los pies se me quejaban
y sentía nostalgia de otras épocas,
pero estaba contento de vivir.
Y era estupendo que Dios me concediese eso,
la dicha de vivir aquel invierno.
Era muy bello que Dios hubiese hecho
para mí aquel invierno.

ANTONIO COSTA GOMEZ

Calvo Sotelo, 5
CHANTADA (Lugo)

LAMENTACION DEL PARAISO

A Vicente Aleixandre

Entre las tablas de la ley violada
Quedaron los vejámenes rojizos;
Los harapos, destilando silenciosos,
Palabras enterradas en la escoria
De un llanto vertical, desemplumado.

¿Cómo buscar entonces la cometa
Por los parques pintados del verano,
Y los globos de colores, que nacían
De los bolsillos de las mariposas?

Un animal flotante se desboca
Por los umbrales de las estaciones,
Donde el amor llegaba o se volvía.

Y en el piolín de sueño de los niños,
Un diente de cartón se hace pedazos.

ARIEL FERRARO

Alfonso XIII, 19,1.º B
MADRID-18

... TAN SOLO LA PALABRA

Para ti, que conoces cómo la piedra canta
y cuya delicada pupila sabe ya del peso de una
montaña sobre un ojo dulce

Comenzaron a agrietarse las miradas...
Pareciera que el error de los ojos
acercara al hombre a su condición flotante,
como si la certeza de cada decisión
conllevara sumergirse en las pasiones
agotándolas de nuevo,
hasta el próximo bombeo del corazón.
Los huesos, como espuma de epidermis,
alcanzaron el destino del desprecio
tenaz y protegido, como células inmersas
en la sabiduría conceptual y exánime.
Las pupilas estáticas rasgaron ávidamente
el último momento del hombre y su recuerdo,
como una hoguera de cascadas de niebla
sobre su historia, su acción, su envoltura de algas
que no llegaron al mar, por la traición
pensada en el confín del carácter humano.
Cada identidad, sus dotes para quebrar esqueletos
de cualquier sistema nervioso,
su lujuria hacia los humores
que rezuman las neuronas en el horno,
el aliento que exhalan
las viejas postales de la permanencia,
la sensación cierta de la muerte
robando un elogio siniestro
al débito falaz de la alegría,
cada nombre...

Tu nombre no es el trueno rumoroso que rueda
como sólo una cabeza separada del tronco

Criaturas pisadas en los barrizales de oro,
que marcharon hacia su crónica
en las regiones vacías de toda capitulación,
donde las palabras no quedaran adheridas
al vestido moribundo de las vírgenes en los festejos.
Dejaron piedras de agua que retuvieran al alma popular
reflejada en la primavera de las amapolas sin dolor.
Se derramó la paz del silencio cauteloso y feraz
como un caudal que contuviera sus propias márgenes;
igual que el tronco de una especie,
a punto de desaparecer bajo el magma
de ese océano recién inaugurado
por la semilla flotante de las generaciones auscultadas.
Y así, detrás de cada imagen forjada al candor
del hambriento espíritu que no perdona las tinieblas,
del origen oscuro de la sabiduría virgen y lejana
remontando los afanes de la quietud sin aposento,
maltratando al dolmen del poder que doblega a la virtud
como red de saliva dulce y envolvente en su elección,
coronada por la suerte de los pasos bien guardados,
llegó el latido de tu palabra,
ascua en movimiento que diera el nivel de luz necesario
para aquella inundación de susurros y lágrimas.

Vosotros conocisteis la generosa luz de la inocencia

Tan sólo tu pupila azul permaneció.
Aquellas manos de abismo, estranguladas
por las llamas del invierno de su dicha,
parecieron bacterias con las que podía
evitarse el sentimiento de soledad.
El viento de las carencias ya no llegó en oleadas
hasta las escaleras serpenteantes
del musgo gelatinoso de la memoria.
No quedaron calles duraderas para la fe erguida
de cada muerte soleada por el hueco
de los trozos de metal más refinado.
... Secas costras de placer olvidado
en ese rincón abierto a la próxima ocasión de ser estéril.

Tal vez como un diamante empedernido
en su voluntad de luz solidaria
apareces para arbitrar, con tu identidad sin esclavitud,
el tiempo de la desnudez abandonada a su suerte,
al mastín hambriento que desvaneciera su lascivia
por el encanto de saborear la mies de unos pechos al aire.

JOSE MARIA HERNANDEZ ARCE

C/Serrano, 211, 4.º izqda.
MADRID-16

DECIMO ANIVERSARIO CON VICENTE ALEIXANDRE (1969-1979)

era en aquella época
en que se hacían necesarios los adjetivos más inusuales
para expresar el tedio
que crecía en los pulsos como una caries ventajista
cuando la tarde se iba quedando oscura tras los visillos
y el aire difuminaba los objetos en un aura borrosa
y nos reducíamos a una quietud en filo extenuado

la soledad y el olor a frito en la cocina
y la radio demasiado alta con anuncios de profidén
nos arrojaban a las tinieblas exteriores en naufragio
y era imposible soportar aquella pena nuestra sin una queja
y había que irse al cuarto del exilio
aquel mínimo hueco en que la sangre acababa pudriéndose despacito
sobre la cama echado aquel dolor
que nos tenía sujetos a su barro sin agua

no poseíamos otra señal para guiarnos
que la voz de aquel hombre cada vez más arriba
cada vez más adentro del corazón
aquella música que se confundía con su historia desordenada
de miles de insomnios en racimo
poblándonos de vastos dominios en aurora perpetua
de espadas como labios descerrajando el frío entre las sábanas
sin un cuerpo que llevarse al tacto

no conocíamos la destrucción más que en la palabra de aquel hombre
que nos la hacía florecer entre la abulia de las voces sin gozne
el amor nos hendía con sus golpes sin tregua
nos hacía crecer hacia lo alto de los océanos
allí donde el cielo azul se iluminaba de gaviotas

adentrábanos en lo más hondo de la tierra y sus pálpitos
y era para nosotros todo el mundo a solas
el ámbito sin límites
la mirada del águila desde el escarpe inaccesible
y el sendero que los gusanos horadaban entre raicillas
y el mar batiendo abajo de las plantas

se repetían cada noche los mismos argumentos
tendidos acabábamos con aquel poeta que decían indescifrable
tendidos con peces y con algas que jamás habíamos columbrado
entre las olas de la ciudad que nos sometía
tendidos en vuelo por la caricia
con los hombres creciéndonos entre la frente y los párpados
a modo de grupos abrazados como pueblos en fiesta
desde la voz que los había convocado a nuestros dedos

y en las ignotas lindes de aquella larga travesía
nos ganaba el cansancio de los latidos en derroche
junto a aquel conductor que conocía todos los caminos
y hablaba de la luz
como si fuera el aire cotidiano empapándonos
y así acababa yo «dormido del lado del continuo olor»
de sus versos que eran la vida para mí
entre aquellos escombros

SALUSTIANO MARTIN

Angel Múgica, 47, 3.º dcha.
MADRID-34